

AÑO I. Madrid 30 de Noviembre de 1851.

Núm. 10.

ELLAS



GACETA DEL BELLO SEXO.

EDUCACION.

RELIGION Y MORAL.

RESPECTO A LA DESGRACIA.—BENEFICENCIA.

¡Honor á todas las clases honradas de la sociedad humana, y por consiguiente honor á los que se hallan en la pobreza... particularmente si se sirven del propio infortunio para robustecer su moralidad, y si no se imaginan que sus padecimientos les autorizan para entregarse al vicio y al aborrecimiento!

Pero ni aun á estos juzgueis con demasiado rigor. Compadeced al desgraciado, en cuyo ánimo la impaciencia y la cólera ejercen su dominio. Pensad qué penoso será para el infeliz, agobiado de todas las miserias, sea en medio de una vida errante, sea en el fondo de una choza, ver pasar á su lado á otros hombres bien alimentados y bien vestidos. No fijéis la atención, perdonad su torva mirada, aun cuando tenga la flaqueza de manifestaros su envidia; perdonadle, porque al fin es hombre.

Respetad la desgracia en todos los que sufren su persecucion, aun cuando no se hallen reducidos al colmo del infortunio, aun cuando no os pidan ningun socorro.

Recibid, si se allega á vosotros, con afectuosa compasion, á cualquiera que viva en el trabajo y la fatiga, á cualquiera que se halle en un estado inferior al vuestro. Guardáos de hacerle

sentir la diferencia de condiciones por la arrogancia de vuestros modales. No le humilleis con palabras duras aun cuando su rudeza, ú otro cualquier defecto suyo, os desagrade.

Nada hay mas dulce para el desgraciado que el verse tratar con muestras de benevolencia por parte de sus superiores: entonces su corazon se llena de gratitud; entonces comprende porqué el rico es rico, y juzgándole digno de sus riquezas le perdona la superioridad.

Los amos desdeñosos y altivos estan siempre seguros de hallar aborrecimiento por parte de sus criados, por alto que sea el salario con que paguen sus servicios.

Muy inmoral es hacerse aborrecer de sus inferiores. Por de pronto es mostrarse uno á sí mismo como capaz de malas inclinaciones, en seguida es aumentar sus aflicciones en vez de consolarlas, y últimamente es contribuir á excitarlos á que os sirvan con deslealtad, á aborrecer la dependencia, y á que maldigan la clase entera de los que la fortuna ha colocado en mejor posicion. Y como es justo que todos aspiremos á la mayor suma de felicidad posible, el que no ha nacido en una posicion inferior debe hacer de modo que los inferiores encuentren su posicion no solamente aceptable, sino que hasta les sea grata su inferioridad, porque vén que no es una cosa vilipendiada, y porque comprenden que ella les asegura la honrosa proteccion del rico.

Usad de todo género de liberalidades en la asistencia de los desgraciados: franqueádes vuestros intereses y vues-

tra proteccion cuando os sea posible, vuestros consejos cuando los hayan menester, y vuestros procederes y buenos ejemplos constantemente.

Mas al ver al mérito oprimido es cuando debeis emplear todo vuestro conato en volverlo á levantar, y si no podeis conseguirlo, tratad por lo menos de consolarlo y honrarlo.

Avergonzarse de tener consideraciones con la desgracia decorosa es la mas soez de todas las bajezas. Por desgracia és bastante comun en el mundo; mas no por eso debeis tener menos cuidado en libraros del contagio.

Cuando la desgracia cae sobre un hombre, la mayor parte de los demas muestran una propension decidida á enconar sus males, y á suponer que sus enemigos ni le acusan, ni le persiguen sin falta de razon, y cuando estos recurren á la calumnia para justificarse, ó para difamarle, esta calumnia, aunque sea la mas inverosímil, es acogida, y repetida por todos sin misericordia: si hay alguno que pretende confundirla con perseverancia, su voz no consigue ser oida. Diríase que la mayor parte de los hombres tienen un placer en poder creer en el mal.

Abominad esa vergonzosa tendencia. No os desdeneis de oír la defensa, cuando aun resuena el eco de la acusacion; y si esta defensa no se presenta espontáneamente, tened el generoso ingenio de buscarla vosotros mismos. No creais una falta, cuya certeza no sea manifiesta, y tened cuidado, porque todos los que aborrecen al que se supone autor de ella, os la proclamarán como tal. Si deseais ser justos no deis cabida al aborrecimiento: la justicia del rencoroso es parecida al frenesí del fariseo.

Tambien sería cobarde bajeza mirar con orgullo de triunfo á un hombre herido por el azote del infortunio, aun cuando anteriormente hubiese sido enemigo vuestro, ó enemigo de vuestra patria. Si la ocasion lo exige, hablad de sus errores, pero sea con menos vehemencia que en los tiempos de su prosperidad: hablad, pero con la piadosa atencion de no exajerarlos ni ponerlos muy distantes de los méritos que brillaban en él.

Siempre, siempre es hermosa la piedad para con los desgraciados, y hasta para con los culpables. La ley puede tener el derecho de castigarlos, pero el hombre jamás tiene el derecho de insultar sus padecimientos, ni de pintarlos, sean culpables, ó sean desgraciados, mas que con los puros colores de la verdad.

El hábito de la benevolencia os hará compasivo hasta para con los mismos ingratos. No os canséis de ser compasivos. Entre los reputados como ingratos se halla acaso algun hombre agradecido y digno de vuestros favores: estos no hubieran podido llegar hasta él, si no los hubiéseis derramado indistintamente sobre todos. Las bendiciones de este solo, os indemnizarán de la ingratitud de los demas.

Pero aun cuando no obtengais muestra alguna de agradecimiento, la bondad de vuestro corazon os hará hallar en vosotros mismos la recompensa. No hay dulzura comparable á la dulzura de la misericordia, y á la de haber aliado los males del prógimo. Es una dicha muy superior á la de haber recibido consuelo en sus propias calamidades, porque en el recibir no hay virtud, y en el dar campea con todo su esplendor.

Captáos el afecto de todo el mundo con una estremada delicadeza; pero usad particularmente de ella para con las personas respetables, mujeres tímidas y honestas, y gente no enseñada aun al cruel aprendizaje de la pobreza: estos devoran en secreto sus lágrimas antes que pronunciar estas angustiosas palabras: *¡Tengo hambre!*

Además de lo que vosotros deis, *sin que vuestra mano izquierda sepa lo que hace la derecha*, segun espresion del Evangelio, unios á las almas generosas para ayudar á la fundacion de saludables instituciones, ó para sostener las ya existentes.

Tambien es un precepto de la religion que *hagais el bien no solamente delante de Dios, sino delante de los hombres.*

Hay cosas escelentes que uno solo no puede llevarlas á cabo, y que tampoco pueden ser hechas en secreto.

Amad las sociedades de beneficencia, y si podeis, favorecedlas, estimuladlas y mejoradlas en caso de necesidad. No os intimideis por las groseras chanzas que los ociosos y los avaros descargan siempre pródigamente contra los que trabajan sin levantar mano en beneficio de la humanidad. (Silvio Pellico.)

A la Señorita

DOÑA PETRA RODRIGUEZ.

EN LA MUERTE DE SU HERMANA.

ALEGORIA.

Era una cándida flor ;

y abrigo consolador

á otra flor tierna ofrecia ;

que al dulce arrimo crecía.

de su aroma seductor.

Siempre juntas, siempre amadas,

siempre con igual afán,

y una con otra enlazadas,

defendíanse abrazadas

del furor del huracán.

Más ¡ay! que la florecilla

su virgen tallo, sencilla,

cabe su hermana inclinó!

—El huracán agostó

su cáliz con su semilla.

Desde entonces la otra flor

que ayer se ostentó galana

orgullosa con su amor,

vá marchitando temprana

su matiz encantador.

Más su destino cruel

notó el jardinero fiel,

y cariñoso y amante,

juró con afán constante

nunca abandonarla en él.

F. G. MANRIQUE.

CONSIDERACIONES SOBRE EL AMOR.

El amor cada hombre lo define á su capricho, y pocos lo comprenden; en general se le juzga el móvil de multitud

de faltas que cometemos; pero erróneamente. Si los poetas hicieron dios al amor, solo fue para simbolizar su pureza en tan sagrado título, puesto que el solo reasume todas las virtudes; de aquí han deducido muchos el ilimitado poder que le atribuyen, y de este dominio absoluto sus dañinas consecuencias considerándolo de un modo estrecho, puesto que su influencia no llega jamás á pervertir al hombre realmente bueno, antes por el contrario, casi puede asegurarse que es capaz el amor de purificar las costumbres, y que nace bueno ó malo, según la educación de quien lo concibe.

Algunos filósofos de corazón tan desecado como preocupada imaginación, han sostenido que el amor era la causa del desorden de las costumbres, y que siendo esta pasión enemiga de la virtud, trastornaba la sociedad, corrompía el corazón, y destruía el espíritu; por manera, que el hombre poseído de ella era capaz de violar toda ley humana y divina, y podía compararse á un ente irracional. Semejante error, tan descabellada interpretación del sentimiento mas sublime y santo, de la mas bella y noble de las pasiones, prueba tan solo una corrupción de ideas, hijas de la mala educación, ó del mas inmoral epicurismo.

¿Por qué se han de atribuir al amor los desórdenes de la naturaleza? Generalmente vemos que no basta ni la educación ni el castigo para corregir totalmente á un corazón inclinado al mal desde la infancia; de modo, que si este corazón en llegando á la edad de la razón es poseído del amor, sus efectos serán tan brutales y perniciosos como lo fueran los de cualquiera otro deseo ó sentimiento que le ocupara; no por la influencia del amor, sino porque su primera tendencia, la fuerza motriz, es el primitivo móvil, es la inclinación al vicio. Lo contrario diremos del hombre cuyos instintos y educación le dirijen á la virtud; en este, su alma noble y generosa le inspira tan solo ideas sublimes; entre ellas nace el amor con sus verdaderas formas; crece guiado por el honor y la probidad; su pasión hace brillar mas y mas sus buenas acciones;

y en vez de marchar por la oculta senda de la perversidad, corre sin fingimiento por el camino del bien; el mismo amor le ofrece ocasion de hacer conocer sus pensamientos, y no será la ocasion la que engendre su amor.

Considerado el amor bajo esta faz, la mas adaptable á la moral, lejos de minar la sociedad y destruirla, es quien establece en ella la union y encadenamiento que la sostiene; modigera las costumbres, despeja las imaginaciones mas obtusas, enseña el dificilísimo arte de conmover los corazones mas indómitos, y por último, es el regulador del mundo. ¿Cómo, pues, un sentimiento tan necesario, causa de cuanto existe, puede mirarse por los hombres próbos como un principio disolvente, y como total desórden de las costumbres?

Muchos confunden el libertinaje con el amor, siendo así que el primero conduce al hombre indefectiblemente al precipio, y el segundo le retira muchas veces de él; multitud de ejemplos vemos diariamente en jóvenes que entregados ciegamente á los deseos de su fantástica y desenfrenada imaginacion, recorren con especial volubilidad cuantos objetos de ilusion se ofrecen á su vista, y á pesar de esta, que se puede llamar embriaguez de frivolas delicias, páran y se retiran repentinamente á persuasiones é influencias del verdadero amor; en el furor de su ciega carrera han encontrado un objeto que, hiriendo en el corazon, los atrae, y aman; hé aqui el dique en que se estrella la impetuosidad de sus años, ya que no queramos llamarles vicios, estos corazones que aspiran á igualarse con los que son el blanco de su deseo: miran con vergüenza su conducta pasada, y la esperanza de hacerse dignos de la persona á quien aman, les hace olvidar el des-arreglo con que vivieron antes.

Hasta aquí parece comprenderse que solo he hablado del amor en los hombres; pero siendo genérica mi narracion, he querido comprender á *ellas*, si bien con algunas modificaciones que haré en obsequio del bello sexo, que indudablemente conserva la palabra *amor*, algo mas pura que el sexo masculino, á pesar de que algunos dicen lo

contrario, confundiendo el pudor con la ficcion.

Una jóven cuando se inclina á un hombre prendada de estas ó aquellas virtudes, lucha con su propio corazon por ocultar la pasion, no como algunos creen por temor de cometer faltas que no comprende en su inocencia, sino por una especie de pudor ó vergüenza que aprendió en su primera educacion; así es que si algun dia llega á unirse con aquel hombre por medio del sagrado vinculo del matrimonio, convencida de que aquel amor es irreprochable, es lícito y autorizado, se la vé con vanagloria publicar que amó y ama al que ya es su esposo; á este punto general puede reducirse la diferencia del amor en uno y otro sexo: el hombre si se le cree ama siempre, cuando no comprende el amor, y la mujer ama en apariencia pocas veces, aunque le comprenda; por manera, que la falta hasta cierto punto existe en uno y otro sexo, pero es disimulable en el femenino.

Las sectas de los mas sábios filósofos han simbolizado al amor con las formas que mas convenian á sus secuaces; unos le pintaron niño, para demostrar su inocencia; otros le vendaron los ojos para evidenciar que debe fomentarse mas bien por las sólidas cualidades del alma, que por las aparentes perfecciones del cuerpo; con las flechas y el carcax quisieron simbolizar la seguridad con que caminan los que van de él poseidos; así es que si la disolucion de los hombres le hace parecer distinto trocando estos simbolos, en que es niño por lo travieso y atrevido, vendado porque es ciego y se estrella en el primer precipio que se le presenta, y armado de flechas sin mas objeto que disparar punzantes saetas y herir corazones, la culpa entonces no nace de él, sino de *ellos*; en este caso no es el amor quien corrompe al hombre, sino que el hombre destruye al verdadero amor; por manera, que el mundo ha caminado siempre de error en error, respecto al amor, respecto á esa pasion que ha convertido tiranos en héroes, única entre todas, compatible con la sabiduría: el corazon fué criado para amar; el mismo Dios nos dice: amaos unos á otros

si quereis haceros dignos de la existencia que gozais; pero con un amor puro, con ese amor simbolizado en un Dios, con ese amor virtuoso y honesto del que pende la existencia del mundo; si, debemos convencernos, que con el amor y la razon dominaremos todas las demas pasiones, en vez de ser sus esclavos.

Ved aquí, jóvenes bellas, descrito el amor bajo el falso punto de vista con que le miran en general los hombres, y bajo el verdadero significado con que debeis considerarle; el amor con la razon y la virtud os harán invencibles á las envenenadas flechas que os dirija el seductor, humillareis la perfidia con la inocencia, vereis al través de la venda las ocultas tramas que urde el corazon adversario, y por último, disparareis un dardo mortal al villano enemigo que os asedie.

E. DE T.

LA SOLTERONA.

(CONCLUSION.)

Si alguna llega á despertar simpatías en un hombre y se le acerca, antes de admitir su correspondencia, lo prende con los ojos, lo magnetiza para poder á su sabor asegurarle que habia jurado no estrechar el vinculo, pero que le hace ese sacrificio; la palabra sacrificio es un nudo que debe apretar el lazo de su amor, y su futuro, porque á las primeras de cambio le presenta el Código en sus labios, llega á ser su víctima: lo fascina como el boa á su presa, para poder devorarlo, y pocas veces se le escapa.

La fiebre de la solterona se desarrolla en una noche de bodas, donde la obligan á asistir: vá indispuesta, porque los preparativos de la ajena felicidad le asesinan; cuando vé á la desposada con sus flores de azahar, se sonrie: la sonrisa es siempre el anuncio falso de sus afectos; con la sonrisa ama, con la sonrisa llora, con la sonrisa aborrece, con la sonrisa mata; pero siempre con la

misma sonrisa, porque es el traje de su ira, que desempeña distintos papeles. En el acto de la ceremonia la sala presenta un aspecto solemne: cuando se pronuncia el *sí*, la desposada llora por enagenacion; su familia por desahogo; las viudas por malicia; las solteras por envidia; las viejas por entusiasmo; los hombres cuchichean y se miran; solo las solteronas sonrien, pero sonrien, porque si lloráran se vendrían; sienten saltar su corazon del pecho y lo sujetan; aquel poema de la vida de la mujer le cierra sus páginas, y no solo siente morir sin leerlas, sino sin analizarlas.

Una mujer que envejece en la soltería, es lo que un vago de profesion: no hace nada mas que estorbar, y á fé que el que la culpára seria villano, porque no está en ella el trasponer ese Pirineo social; si adivina algun deleite, aquel deleite será su demencia; si sueña con el porvenir, ese porvenir la matará. Vive sujeta al capricho de alguna persona que la haga sombra, porque de lo contrario, el mundo murmuraría; si sale sola se lo critican; si está en un círculo, ciertas conversaciones se prohiben: unas porque pueden ofenderla, y otras porque no debe oirlas, aunque tiene años.

¡Años!; hé aquí el anatema!; hé aquí el punto negro que anuncia en el horizonte de la vida el naufragio!; Oh!; debe ser espantosa en sus creaciones la imaginacion de la mujer cuando á solas, delante de su espejo, vea ponerse el sol de su hermosura, que le manda sus crepúsculos en forma de canas y de arrugas! Cada cana es una delacion; cada arruga un adios que ella acompaña con sus lágrimas; el fuego de sus ojos se va apagando, y la esbeltez de su cuerpo va huyendo, sin que haya recurso para contener la belleza que se pierde con los años; ¿puede acaso la mano del hombre reverdecer las hojas que amarillean? ¿Puede la mujer como Josué mandar á aquel sol que brille mas tiempo para seguir viniendo? No.—Para una solterona envejecer sin casarse es morir en el campo de batalla vergonzosamente sin pelear. ¿Qué gloria lleva consigo de su pasada

vida? ¿qué hizo de su belleza, de sus impetus, de su ardor?—Pasaron desapercibidos, sin que nadie los poseyera, sin que nadie atestiguara su valía.

No es lo peor su pérdida: identificación con otro sér, cuando aun espera; porque vive en el mundo, y sus mismas inquietudes y su continuo histérico sirven de alimento á la llama de su existencia; pero despues, cuando ya los crepúsculos de su hermosura casi se han perdido en el horizonte de su edad, cuando nada tiene que esperar, porque *ha pasado*, aunque sienta virgen su corazón, cuando se confiesa á sí misma vencida, ¿qué le aguarda á la solterona? El hastío perpétuo: nada hay que la haga soportable sus dias, nada que le haga llevadera su vejez, cuyo puerto toca.

¡Infeliz! Encontró su camino sembrado de espinas, y en su vejez ni una flor hay para ella: su corazón fué un huésped de su cuerpo: si algo se interesó en su favor, fué para matarlo: no combatió con él, porque no encontró enemigo; no le entregó, porque nadie lo quiso; si tuvo un amor, murió en secreto; su corazón fué un soldado que recibió la licencia sin esgrimir las armas; no durmió: siempre estuvo de centinela, pero nadie llegó á pedirle la consigna y á *relevarlo*. ¡Infeliz! Cruza la solterona sin amor, sin marido y sin hijos en esa época poniente; muere de fastidio, que es su cáncer, porque nada le distrae. El mundo le robó su posición, sus ilusiones y los goces de la maternidad. ¡La maternidad! ¿Qué palabra tan santa! ¿qué vocablo tan indefinible! La solterona comprende la maternidad porque es mujer, y odia á los niños porque son prendas de otras madres felices. ¿Qué le importan á una madre los crepúsculos de la vida, si se siente niña en la niñez de sus hijos, y jóven en su juventud? Vive con la vida de ellos: con ellos ama, sufre, lucha y triunfa, porque el sér del hijo es el de la madre: ella se confunde con sus hijos, y es la única que siente en sus sentimientos, que padece con ellos, y que con ellos cae; es la primera mano que corona sus sienas, y la primera que lo levanta, porque la gloria y la adver-

sidad del hijo son la gloria y la adversidad de la madre: no por orgullo, no por cálculo, sino porque el mundo está despues de su hijo, porque su hijo es ella misma:—¿No tiene razon sobrada la solterona contra el mundo, que le roba hasta el encanto de ser madre?

La solterona es la personificación de la desgracia: es un objeto de lujo que permanece en el escaparate social sin que nadie lo compre; cuando envejece, es el mismo objeto que se arinconó, porque pasó *la moda*; una solterona vieja totalmente vuelve al mundo, ya éste no tiene ridiculo para ella, porque no le interesa su pasado; pero ella siempre tiene en sus labios la sonrisa perpétua, que es la hiel de su corazón.

La solterona muere perdonando hasta á sus deudores; pero ni entonces perdona á los hombres. Es implacable!... ¡pero con razon!

T. GUERRERO.

REVISTA DE MADRID.

Conmigo en abierta lid,
para mitigar mi tedio,
voy á escribir sin remedio
la Revista de Madrid.

En ristre mi pluma está,
no desmayo en mi porfía,
porque para mí este dia,
dia de gloria será.

El invierno, en conclusion,
viene á dar con alborozo
dias de alegría y gozo,
de bullicio y confusion:

En que el placer llano y liso
disfrutamos sin recelo:
en que si el cielo es el cielo,
Madrid es el paraíso.

Con teatros, con *soirées*,
con bailes, con sociedades,
cosmoramas, novedades,
plazas de toros, cafés,

Nada mas, por vida mia,
debe desear el hombre,
pues lo demas, no os asombre,
lectoras, es gollería.

Si no goza un majadero
por noche, tarde y mañana,

nunca es por falta de gana,
si por falta de dinero.

Y en Madrid que eternamente
todos los tiempos son buenos,
el dinero es lo de menos
para que ria la gente.

Serán las ocho, de fijo.—
Corriente; las ocho son...
Hora de dulce ilusión,
de agradable regocijo.

A lucir su lindo talle
su garbo y aire gentil;
sale el gremio modistil
chispas echando, á la calle.

Chispas que con el deseo
encienden en ocasiones
los sensibles corazones
del sexo que llaman feo.

Dulces como el alajón,
sin que en amor las igualen,
siempre he pensado que valen
las modistas un Perú.

Tras ellas corren ufanos,
con deseos inauditos,
los gallos y los pollitos,
como Tirios y Troyanos.

Y van quedándose en suma
con tan menguada intención,
como el gallo de Moron,
cacareando y sin pluma.

Ea! Al teatro!... ¡Oh placer!
¿A cuál iremos?—Al Drama,
puesto que á la gente llama
Adriana de Lecouvreur.

No su fin moral ahora
el conducirnos podria:
allí tan solo nos guia
la simpática Teodora.

La bella actriz, eminente,
que con talento y pasión
latir hace al corazón
con emociones que siente.

El Zapatero y *El Rey*
en el Instituto!...—Horror!
Muerto Latorre, ¿hay actor?...
Compadecerlos es ley.

Su ruina la empresa labra.
¿Con dramas tan vistos sale?
—De la ejecución... mas vale
no decir una palabra.

Oh! bien por sus intereses!
Hoy *El Pilluelo*...—Qué afán!
La Baldó... pasablemente,
como dicen los franceses.

Castigo y *perdon*, de Ayala,
pone el Principe en escena:
bien; sino es del todo buena,
tampoco es del todo mala.

Si en ocasiones bastantes
no el interés se sostiene,
nadie negará que tiene

rasgos de ingenio brillantes.

Su ejecución nos recrea,
que siempre con doble afán,
inimitables están

Matilde y Julian Romea.

No nos toca censurar

y nos duele, á Variedades.

Son cero las novedades

que nos suele presentar.

Lo mismo todos los dias!...

Algo su empresa nos guarda...

Aaaah! Justo; sin duda aguarda

la *venida del Mesías*.

Ya con mi impaciencia lucho.

Ojo alerta, señor Farro:

nuevo quiero... ó me desbarro;

contque... cuidadito y mucho.

El Circo, sin duda alguna;

jugó con fuego á buen dar,

mas no se empeñe en jugar

Fortuna contra Fortuna.

Vamos de baile!... No es cosa!

A gozar! A dónde iremos?

No me acordaba... Tenemos

los billetes de la ROSA.

Qué elegancia! Qué buen porte!

y qué orquesta tan brillante!...

Qué lujo!—Bravo!—Adelante.

Es lo mejor de la corte.

Mas arrogante que el Cid,

todo, todo lo he juzgado.

Y no hay mas.—Aquí ha cesado

mi Revista de Madrid.

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

MODAS.

Traje de baile. Vestido de reps,
blanco nacar, adornada la falda de cua-
tro guirnaldas de rosas, atravesadas en
forma de delantal, y que van progresi-
vamente en aumento de alto á bajo:
otras tres, mas pequeñas y en sentido
inverso cruzan el pecho, abierto al es-
tilo de Luis XV, y guarnecido de blon-
da, así como las mangas, que son cor-
tas: en ellas y en la cabeza se ostentan
tambien rosas.

Idem para señoritas. Vestido de ba-
reje de seda azul ó rosa, con viso de
tafetán del mismo color: la falda con
cinco volantes, festoneados de seda
blanca ó de color de maiz: berta, con
los mismos adornos, redonda por de-
trás, y abierta por delante hasta la cin-
tura, en forma de chal: en este inter-

valo se colocan en escala tres lazos de raso, del color del vestido: la manga corta con lazos correspondientes: cinturón ancho con puntas largas.

Traje de niña de ocho años. Vestido de reps verde manzana con rayas de terciopelo: el cuerpo muy escotado y cubierto hasta el cuello con una camiseta, á lo pasiega, de batista muy fina: mangas huecas de esta misma tela: casaca-caraco de terciopelo negro, á lo mosquetero, bien entallada, abierta por el pecho, y sujeta con cintas de terciopelo cruzadas. Mangas un poco ajustadas y con vuelas anchas, á lo caballero. La falda del vestido corta, y que deje ver el pantalón guarnecido de un volante bordado. Botitas de terciopelo verde. Capota color de rosa, compuesta de guarnicioncitas escaroladas de cinta de gró. Guante de color de piel de rata.

Solucion á la Charada inserta en el n.º 7.

Sudores mil me acarreó
el descifrar tu charada,
discreta Alicia; mas nada
la pena fué comparada
al gusto que me causó.

Y aunque algun Doctor Purriela
diga que tiempo perdemos,
y que es todo *Bagatela*,
á duo nos reiremos
del crítico y de su escuela.

Una cosa te diré,
(discúlpeme mi ignorancia)
que ningun *Vago* con *B*,
es, ni en tiempo alguno fué,
hombre de grande importancia.

Tambien advertirte quiero,
(dispénsame la franqueza)
que no es *Vate* verdadero
el que bate á lo platero,
y es un *bate* sin cabeza.

Creo tambien, salvo error,
y salvo yerro de imprenta,
no arroja *laga* en su hervor
el volcan abrasador;
si *lava* sanguinolenta.

De tu dulce condicion
espero, bella editora,
pongas esta solucion,
que lega á tu discrecion
una humilde suscritora.

MARIA GUIJARRO DE ALDAY.

Valladolid 16 de Noviembre 1851.

Solucion á la Charada inserta en el n.º 8.

Mucho talento tendran
los que *grana* dicen ser
forro que suelen poner
ya en chaqueta ya en gaban.

En verdad no somos *nada*
por mas que nos ensalcemos,
y siempre los toros vemos
el lunes desde la *grada*.

Y si fuera, voto á San,
de *Granada*, sin abuso
al que tal Charada puso
tildara de balandran.

JUANA IRENE P. DE V.

EPÍGRAMAS.

I.

Oyó on el Congreso Blas
decir á un ministro:—Pido
la palabra;—y aturdido
dijo al labriego Tomás:
—Dime, chico, ¿y á qué viene
pedir la palabra?

—Es claro,
dijo el otro sin reparo,
será porque no la tiene.

II.

Por torpeza de nn cochero,
al entrar una mujer
en un coche de alquiler,
se quedó puesto el letrero.

Cuando entró en el Prado en fila
todo el mundo la miraba,
y al letrero señalaba,
diciendo: ; *Calla, se alquila!*

J. A. VIEDMA.

III.

Que está familiarizado
con la muerte, muy borondo
dice un docter afamado;
y esto es verdad en el fondo,
porque de él nadie ha escapado.

EMILIO BRAVO.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR.
Calle de las Huertas; número 42.